

A woman with dark hair styled in an updo, wearing a deep red, backless dress. She is looking over her right shoulder towards the camera. The background is a light blue wall with a white door frame.

Haré
todo lo que
tú quieras

Iolanda Batallé

Iolanda Batallé

HARÉ TODO
LO QUE TÚ QUIERAS

Traducción de
Olga García Arrabal

Premio Prudenci Bertrana 2013

mr ediciones martínez roca

Antes de que los hombres construyesen la carretera que llegaba al pueblo aislado del mundo, las mujeres de aquella tierra se arrojaban al mar con una sonrisa y el cabello muy largo por culpa de la soledad. La azafata les recordó que debían abrocharse el cinturón, que comenzaban el aterrizaje. Con los cinturones puestos, él le dijo que ahora todo el mundo estaba atado y nadie los vería. La fábula de las mujeres de melena larga y sonrisa en la mirada. Era una historia que le contaba su abuelo cuando era pequeña. El avión iba casi vacío.

Se llamaba Nacho y se habían conocido en la terminal. Él ahora le pellizcaba los pezones con fuerza. Ella hacía veinticinco años que era fiel a su marido. Con la mano derecha le había empezado a acariciar las rodillas, y cuando subió por debajo de la falda negra descubrió que Nora llevaba ligüero. De aquellos hombres, algunos enloquecieron y otros se casaron con las mujeres del pueblo. La soledad provocaba que las mujeres se arrojasen al mar hasta que aquellos forasteros construyeron la carretera. Durante

semanas Nora solo recordaría aquel reposacabezas blanco que cubría el asiento de delante y British Airways escrito en rojo. El dolor en los pezones; ella le mordía la mano con fuerza. También recordaría la frase del taxista que la había llevado a Heathrow: «Me llamo Paul Smith Page, pero de estos dos apellidos solo uno es de verdad».

Nacho era una mezcla extraña de contención y deseo. Nora no sabía a qué atenerse y eso la excitaba. La cabeza de la azafata volvió a aparecer: ahora seguía una lata de cocacola que bajaba rodando por el pasillo del avión. Se incorporaron. Aquella mujer les sonrió (ya había atrapado la cocacola) y se sentó de nuevo en su asiento. Con cierta tensión por si la azafata aparecía de nuevo, ella lo iba masturbando con la mano derecha. Él le mordía los pezones hasta hacerle daño. Morir de un disparo debía de ser terrible, pero hacerlo de un disparo de pistola de mar en el fondo del océano era la peor muerte que podía imaginar. Estaba a punto de correrse. Su primer orgasmo fuera del matrimonio. No se sentía culpable. Ya habían aterrizado y la seguía pellizcando. A partir de aquel momento nada volvería a ser lo mismo, solo de pensar que nadie volvería a tocarla de aquella manera se moría. No olvidaba los tobillos del hombre que la había llevado al aeropuerto. ¿Estás segura de que llegas?, le habría preguntado aquel taxista.

Cada vez que escuchamos el mar, nos transporta a un tiempo antiguo. Su sonido y su olor están escondidos en las partes más primitivas del cerebro: las que controlan la respiración y el movimiento. Volver al mar es volver a casa. Hacemos lo mismo que algunas tortugas: somos es-

pecies que volvemos al agua. Los mamíferos salen de un pequeño dinosaurio peludo que sobrevivió. Las ballenas, los delfines tienen el mismo antepasado que la vaca. El delfín es fruto de la capacidad de detener la evolución de una misma especie en un momento determinado. Esto también se lo había contado el tal Nacho, que le había preguntado si ella miraba hacia fuera o hacia dentro y le había dicho que guardaba un secreto. La memoria del sonido y del olor del mar está escondida en las partes más primitivas de nuestro cerebro. Hubo una semana de diciembre en que se bañó en el mar cada día; estaba triste y el mar y aquel frío intenso se lo llevaban todo. Fue una semana de sol. Cuando se sumergía, la cabeza le dolía, pero después de unos minutos el cuerpo se acostumbraba al frío. Se sentía valiente: nunca más volvería a necesitar a nadie.

Cuando entras en el mar de la cala de los Cuervos en diciembre, la respiración se te acelera, te sumerges y, cuando sacas la cabeza o medio cuerpo, este no siente frío, siente calor. Estiras y encoges los dedos, los brazos, te sientes invencible, notas los pechos duros. Esa sensación era lo más parecido a aquello del avión. Bajaba al mar, se desnudaba, dejaba la ropa doblada junto al cesto, buceaba. Luego salía fuerte, segura, se sentía guapa, se envolvía el pelo con una toalla, el cuerpo con otra, se sentaba al borde del agua y respiraba. El mar lo cura todo. La voluntad también. Y ahora ¿qué estaba haciendo? Aquel hombre le había vendado el cerebro como a aquellos ni-

ños a los que envuelven de la cabeza a los pies con telas cuando tienen cólicos. Los había visto en un vídeo, cuando las niñas eran pequeñas. Lo hacían para calmarles el dolor; la tela simulaba aún el útero materno y así los bebés se relajaban y perdían la sensación de agresión por parte del mundo al que habían ido a parar. Abrió el bolso con prisas, cogió el trozo de neumático y lo olió.

Una mañana de enero unos hombres podaron los cinco plátanos del paseo frente a la casa de la playa. Podaron dos, uno alto y fuerte, con un tronco inmenso, y otro pequeño y joven, también fuerte, que estaba al lado. Los otros tres los talaron de raíz. Ella lo observaba desde la terraza: el fuerte de tronco inmenso era el abuelo, el pequeño y joven, también fuerte, era ella, y los otros tres eran sus padres y la abuela. Aquella mañana de invierno, Nora no solo había perdido tres árboles. Cruzó el paseo y se acercó; de los tres troncos serrados solamente quedaban los tocones de unos treinta centímetros de altura; se acercó y los tocó, la madera estaba seca, transmitía calor y olía. Había uno podrido, tenía un círculo negro en medio. Hundió en él el dedo índice de la mano derecha, estaba blando, húmedo, hizo un ruido parecido a cuando pisas un charco; por la mano le subió un gusano marrón oscuro, el gusano del árbol. Dejaba a su paso una baba tibia. Uno de los tres troncos estaba podrido, por eso lo habían serrado, pero ¿y los otros dos? Olía el trozo de goma y avanzaba hacia la salida del avión, el tal Nacho la miraba.

Las cosas cada día son más caras, y en cambio el ser humano últimamente ha bajado de precio. Nora avanzaba por el *finger* sin girarse. Sabía que él la observaba. Había una nostalgia profunda en su mirada, un sentimiento casi sólido que ella pensaba que podría amasar como cuando hacía pasteles con la abuela. Nacho la veía caminar con aquella falda negra por encima de la rodilla, la americana y el movimiento de las caderas. Le hacía gracia que todos los hombres la desearan; incluso las mujeres la miraban. Lo que Nacho había querido saber toda la vida es qué le había pasado a su madre, pero hasta aquel momento no había conseguido nunca ni una sola pista. Su madre se había quedado azul después de estar con un hombre que no era su padre. Muerta. Él lo había visto por accidente, se suponía que tenía que estar en el colegio. ¡Mamá se ha quedado azul! No hay nada que hacer. Entonces decidió que sería un tiburón. Siete años después escucharía por primera vez la canción *King of Pain*. Cada nueva mujer que conocía podía esconder la clave

para resolver el enigma. Esta le hacía pensar en la bailarina de la caja de música que tenía de pequeño.

Él era el rey del dolor. Eso lo protegía: cuando eres el rey del dolor, el mal no puede contigo. Pero hacía un rato que ya no se sentía el rey del dolor. Ella era casi fea en su belleza. Aquella mujer tenía bultos en la cabeza, y él cuando la acariciaba se lo decía. Ella se reía porque nunca se lo había dicho nadie. Le gustaba tener bultos en la cabeza. A Nora le vino una imagen que había visto desde la terraza de la casa de la playa: la de dos perros negros, pequeños y peludos como cortinas. Unas cortinas negras que avanzan haciendo una coreografía cómica por una carretera de tierra al lado del mar. Detrás, un hombre, con las manos enlazadas a la espalda. Una mujer joven, con minifalda de cuero rojo y melena negra rizada, los precede. Ella anda más rápido que todos ellos, lleva los dos perros atados con una misma cuerda y se va parando para esperarlos y los mira. De repente se abre la camisa de seda negra, deja al descubierto dos pechos enormes y se los agarra con las manos. El hombre se detiene y le pellizca los pezones. Ella aguanta, respira hondo y sonríe. Están así medio minuto; mientras tanto, uno de los perros se mea junto a una piedra; el otro huele el pipí. La mujer joven se abrocha la camisa de nuevo y continúan andando. En la cinta de los equipajes ya no quedaba nadie. Nada. Tan solo una maleta negra y otra plateada.

—¿Puedes volver a hacer eso? —le preguntó Nacho después de que ella recogiese la maleta plateada.

—¿Qué?

—Agacharte de esa manera en que las manos te tocan el suelo.

Nora se giraba con las manos en el suelo y Nacho la miraba. Le hizo una foto. Me parece que hace demasiado tiempo que un hombre no te hace fotos. Roberto, al principio de estar juntos, se las hacía, pero ahora ya no. Su marido, el señor abogado, aquel hombre tan digno, tan justo, que había creado uno de los despachos más importantes de la ciudad y le regalaba besos en la frente cada mañana cuando se iba a trabajar, hacía ya tiempo que no se esforzaba en saber qué escondía el corazón de su mujer. Cuando deje de intentar adivinar qué tesoro esconden los silencios de mi marido, tendremos un problema. Ambos hacía demasiado tiempo que no se esforzaban en imaginarlo. Aquel hombre la aburría. Había momentos en que a pesar del amor que aún sentía por él le daba asco. Sus manos ya no le gustaban. Y sus problemas en el despacho, que había empezado a ir mal, no le interesaban. La familia y el matrimonio te convierten en invisible para el otro. ¡Mamá, si te fuiste ayer!, le dijo su hija pequeña cuando ella llamó desde Londres porque se añoraba. El corazón era un cazador solitario. ¡Sí que lo era! Y Cloe hacía ya mucho tiempo que pedaleaba hacia la independencia. A Nora le gustaba que sus hijas fuesen independientes. Las había hecho así. Pero ahora ella se sentía perdida y necesitaba más. Buscaba lo que aún no ha-

bía encontrado. Pintaba. Había llegado el momento de volcarse en una nueva exposición. Por primera vez no tenía suficiente con sublimar el vacío a través del arte. Necesitaba unos brazos que la abrazasen. Roberto lo hacía, sí, pero siempre con la misma intensidad, con una fuerza que hacía demasiados años que le era conocida; una fuerza que había dejado de ser fuerza. Una intensidad que la aburría. Nora vivía donde vive todo el mundo que tiene familia, en un abismo.

Se dejó y él le hizo más fotos.

—Te acompaño a casa.

—No. Cogeré un taxi.

—Me hace ilusión acompañarte.

—Ya te he dicho que tengo familia.

—No pasa nada. Yo tengo un mastín. En el coche ni te tocaré... No te preocupes.

Aceptó. Le parecía extraño, pero no soportaba la idea de no estar con él. Después de hacerlo, lo pararía. Ella controlaba. Nunca se había sentido dependiente de otra persona. No quería sentir dolor. Nacho acababa de decir que no la tocaría. Quería que la tocara. ¿Qué había de malo en ello? Hay hombres que talan árboles. Dejan la base del tronco podrido. El gusano baboso. Y las gaviotas, cada año había más.

Ya hacía tiempo que las gaviotas estaban ganando terreno a la ciudad: el otro día vio como en el patio del colegio de delante de su casa se comían los bocadillos de los ni-

ños. Sus hijas habían ido a aquel mismo colegio y podían comerse el desayuno tranquilas sin miedo a las gaviotas. Ahora las maestras no sabían qué hacer. ¿Estás segura de que llegas?, le habría gritado el taxista aquel si hubiese sido el conejo de Alicia. Su cabeza solo podía pensar en las gaviotas. Es la única manera de tener un contacto directo con un dinosaurio, se repetía mientras recordaba la escena de aquellas dos parejas alimentando a una gaviota en la playa. Todos los pájaros son dinosaurios, le decía siempre su abuelo. La gaviota desplumada es un pollo. Días antes había observado en la playa como dos parejas checas daban agua a una gaviota. Nora pensaba que sería la gaviota perro, la mejor amiga del hombre, que le podrían atar una cuerda al cuello y pasearla por el pueblo. Quizá la gaviota tenía que emigrar al norte y no sabía cómo hacerlo. Las gaviotas acabarían con todos. Una señora del pueblo, mientras los checos hacían lo del agua, se quejaba: ¡lo que nos faltaba! ¡Que vengan forasteros y las alimenten!